BAEZA DE DON ANTONIO

Los tibios rayos de un sol invernizo inciden oblicuos en las ventanillas del viejo armatoste que baja bufando por la meseta camino del sur. Pocos viajeros. Castañetea el diente contra el diente. Los finos y gastados travesaños del duro asiento de madera acanalan las carnes. Pasear por el amplio vagón, todo a una andada, para desentumecer los huesos o asomarse al viento helado de las plataformas no resulta mucho más confortante. Junto a la ventanilla, de cristal opacado por la suciedad, silencioso y solo, fuma que fuma, el viajero va a medias recostado en su rincón, a medias apoyado en el inseparable bastón; en sentido opuesto al de la marcha. Su traje es un negro riguroso; también el sombrero, gris perla, un tanto deformado por el uso, tiene una ancha cinta oscura. Viste camisa blanca, gemelos en los puños, y su mirada es absorta, como perdida. En medio de su ancho rostro –la piel juvenil, bueno el color– el tiempo ha bordado algunas tristes arrugas prematuras.

Transcurren las horas; algunos pasajeros han mudado desde que el tren partiera de Madrid y apenas si ha cruzado unas palabras con sus convecinos: «Buenos días»... «Sí, no hace mal tiempo»... «Adiós»... Y así, pitillo tras pitillo, volviendo a caer la ceniza sobre su solapa cada vez que el tren para o arranca al llegar a una estación, para él desconocida. Y la mano izquierda siempre apoyada en el bastón; la derecha, recostada sobre la izquierda, y el rostro, impenetrable. Un par de veces ha tosido, ha vuelto a sacudirse, con gesto lento y repetido, los desperdicios de tabaco. Luego, apoyado en el libro que antes releyera, ha extraído de un bolsillo del chaleco un oscuro lapicero, un arrugado papel del amplio

bolso de su chaqueta, y ha garabateado, entre tanto movimiento, sobre él algunas notas.

Después, otra vez igual: tieso el bastón, la corbata descompuesta, previsora la petaca y la mirada acariciando el campo huidizo. ¿Huye también con su soledumbre el melancólico y adusto viajero, cuya madurez ya apunta en sus sienes plateadas? ¿De dónde viene? ¿Adónde va? ¿Quién es?

Yo, para todo viaje
–siempre sobre la madera
de mi vagón de tercera–,
voy ligero de equipaje.
Si es de noche, porque no
acostumbro a dormir yo,
y de día, por mirar
los arbolitos pasar,
yo nunca duermo en el tren,
y, sin embargo, voy bien
¡Este placer de alejarse!
Londres, Madrid, Ponferrada,
tan lindos... para marcharse.
Lo molesto es la llegada...

Sí, el viajero está a punto de llegar... adonde no piensa con su parco equipaje, perezoso el paso y los bolsillos repletos de papeles. Finales de octubre. Estación de Baeza. Año 12. El tren reanuda su marcha. Unos cuantos viajeros en el andén. Cae la tarde y cae la primera venda de los ojos del hombre-viajero-catedrático-poeta.

–¿Y dice usted que Baeza no es aquí?

–No, señor, no. Aún queda. Para Baeza tome usted el tranvía de la Yedra.

–¿Muy lejos?

–Algo menos de tres horas.

Ni un gesto, ni una queja. Don Antonio Machado Ruiz, catedrático numerario de Lengua Francesa del Instituto de Soria desde el 1 de mayo del año 7 hasta el 15 del presente mes, camina lentamente hacia el tranvía, sin despegar el labio, pero íntimamente defraudado. Otra cuenta que añadir al rosario de los más íntimos dolores recientes. Sube el lentísimo tranvía eléctrico, acomoda como mejor puede su silencio contrariado y otra vez la melancolía tiznando el corazón de ausencias irremediables:

Allá en las tierras altas,
por donde traza el Duero
su curva de ballesta
en torno a Soria, entre plomizos cerros
y manchas de raídos encinares,
mi corazón está vagando en sueños...
¿No ves, Leonor, los álamos del río
con sus ramajes yertos?
Mira el Moncayo azul y blanco; dame
tu mano y paseemos.
Por estos campos de la tierra mía,
bordados de olivares polvorientos,
voy caminando solo,
triste, cansado, pensativo y viejo.

Esa tristeza en los ojos, ese silencio, ese dolor irremediable que desde hace meses le taladra el pecho, pensó el poeta ir a esconderlo lo más lejos posible de lo cerca; lo más pronto a ese Madrid, al que tan unido se siente y que desde hace años necesita más de vez en vez. Y lo lejos es menos si hay ferrocarril. Ya está: ni Castilla ni Andalucía: Baeza (que eso viene a ser, de alguna forma, esta población sólo geográficamente perteneciente a la alta Andalucía). Y resulta que el viudo-catedrático-poeta se ha equivocado –como la paloma aquella– al elegir en el concurso. Quién sabe si no tendría la culpa de todo aquel político rencoroso que hizo instalar años antes la estación de Baeza donde Baeza población nunca estuvo. De haber sabido que caía aún más lejos de lo que aparentaba (más lejos de Madrid), posiblemente nunca hubiera venido aquí desde Soria. Que al

Machado poeta le interesa la cercanía con Madrid se probará años más tarde; cuando vuelva a trasladarse irá a Segovia, cátedra que representará dos días por semana en la capital de España. Ya está el porqué de su venida a Baeza. Y llega el tranvía a la ciudad desconocida y lejana. Habrá que buscar un aposento donde pasar la noche. Mejor, lo primero, visitar al director del instituto. Y va. Ya habrá tiempo sobrado de conocer la ciudad.

Toma de posesión

Anochece. Tiene el director la vivienda en el mismo edificio de la antigua universidad, hoy, y ya entonces, instituto. Llama a. la puerta de la casa con mano tímida, castigada ya por el desencanto de la estación. Al poco aparece Gregoria, una de las chicas que sirven en la casa.

–Buenas noches.

–Buenas noches. Diga usted.

–¿Está el señor director? –pregunta el poeta bajo el dintel.

–El director está en la agonía –dice la chica con una voz sin matices.

Y el catedrático, convertido en un hombre de nuevo desguazado, titubea, palpa la puerta, mira a la rapaza y concluye pesaroso.

–¡Vaya por Dios! ¡Cuánto lo siento!...

Hay unos segundos de silencio tenso. Al fin, la chica aclara:

–No. Es que aquí llaman al Casino de Artesanos «La Agonía», porque van muchos labradores y siempre se están quejando a causa de la lluvia. Vaya a «La Agonía», que allí es donde está don Leopoldo...

Al día siguiente, 1 de noviembre, ya pasado el susto que le proporcionara Gregoria, don Antonio Machado y Ruiz tomó posesión de la «cátedra de Lengua Francesa de este Instituto, para la que ha sido nombrado, en virtud de traslado, por Real Orden de quince de octubre último, con el sueldo anual de tres mil pesetas de entrada y quinientas por razón del primer quinquenio», ante el director, don Leopoldo de Urquía y Martín, y don Antonio Parra, secretario.

En esta Baeza de hoy –de piedras labradas con aquella arrogancia que los siglos exigían a los poderosos–, venida a mucho menos de lo que fuera, de calles engorronadas y estrechas, a cuyas ventanas asoma la tradicional reja andaluza con humos carcelarios; ciudad grapada por el hierro...

Rejas de hierro; rosas de grana. / ¿A quién esperas, / con esos ojos y esas ojeras, / enjauladita como las fieras, / tras de los hierros de tu ventana...?

En esta Baeza, arañada por el viento que llega de las sierras, donde cae la tarde lenta, con un atisbo de sol que viene a refugiarse en los soportes de la plaza, de los ochocientos mil olivos, las trece mil almas, la antigua catedral...

Por un ventanal
entró la lechuza
en la catedral...

...los diecisiete municipales, los dos cines, los trescientos pares de mulas, las cuatro parroquias, los cuarenta bebedores y las tres imprentas; en esta Baeza de ahora, digo, cada niño, cada moza y cada viejo conoce que un día, cuando el siglo apenas contaba doce años y hasta mucho después de que el europeo dejara de batirse el cobre a cañonazos, habitó estas calles, oteó las nieblas, enseñó francés y cantó la pena universalmente, y la lluvia bienhechora («Llueve, Señor, llueve, llueve!»), y la encina negra, y el olivo pan (el único productor del mundo que después de recibir por todo sueldo una periódica palotea, llega a viejo sin descansar), que haría de Baeza mucha mayor fama que toda las viejas historias y fueros, amontonados con legítimo orgullo.

Un error

Hay a la entrada del aula donde enseñara («Heme aquí ya, profesor, / de lenguas vivas...») una placa de bronce que reza: «Antonio Machado en Baeza: 1912-1919». Y un monolito en el patio del instituto con su nombre y un ramo de laurel (y la fecha de su nacimiento equivocada en tres años). Si atraviesas hoy las puertas del instituto a las once de la mañana, oirás una sirena... ¡Quién se lo hubiera dicho a don Antonio! Pero esto es mejor oírlo por diferido que en direc-

to; hay momentos en que uno tiene la impresión de estar en una fábrica en lugar de en una cátedra.

Y hay un inconcluso proyecto de monumento, bien reciente y de amarga historia aquí, allá, sobre la muralla; donde al poeta le gustaba sentarse, como a esos hombres maduros que quedan al frente, asomados a ese ventanal de amplio horizonte donde el olivo, obediente, monótono y sempiterno, caracolea sobre los montículos. Aquí, don Antonio, calado el sombrero para que no se lo llevase el viento, volvió a tomar su gastado lapicero para escribir aquellos versos continuamente nuevos, eternamente ciertos, que comienzan:

De la ciudad moruna,
tras las murallas viejas,
yo contemplo la tarde silenciosa
a solas con mi sombra y con mi pena.

El río va corriendo,
entre sombrías huertas
y grises olivares
por los alegres campos de Baeza.

Tienen las vides pámpanos dorados
sobre las rojas cepas.
Guadalquivir, como un alfanje roto
y disperso, reluce y espejea...

Y es que allá, a lo lejos, se ve la rota espada del río, tajando el valle más allá de los olivos, más acá de las crestas agrias: se le puede ver luchar a brazo partido con los cerros para poder seguir su viaje hacia Sevilla.

Eso, hoy; que el ayer humano fue distinto. Esto es lo que oiréis:

–Era un hombre raro; siempre solo...

–Apenas si hablaba con nadie...

–Vino como azotado de melancolía...

Y don José Fernández Checa, ochenta y cinco años, «laz cuatro reglaz, miruzté»..., y poeta a la altura de sus luces, quien calla el 80 por 100 de lo que

sabe, se aprendió de memoria la mitad de los poemas de Machado, y que al fin se arranca en un retrato por lo fino:

–Le gustaba mucho el campo. A veces lo encontraba por las tardes, al regresar a casa, sentado en una peña con su «bló». Era callado y antiestético.

Y otro, de espíritu vulgar, que apenas se señala:

–Iba siempre muy desaliñado, muy sucio. Tenía unas botas...

«...Hay dos clases de personas –dijo una vez el poeta–: las que miran a la cara y las que miran a las botas.»

–Solía sentarse en los bancos peores para que nadie fuera a molestarle.

–Pasó desapercibido, ésa es la verdad. Un profesor de tantos ¡Quién iba a imaginar!...

¡Ojos que a luz se abrieron
un día para, después,
ciegos tornar a la tierra,
hartos de mirar sin ver!...

¡Qué triste resulta siempre esa reiterada exculpación tardía! Tan humana, tan frecuente, tan simple como el ojo del egoísmo. ¡Cómo iba a imaginárselo nadie!... El hallazgo era prácticamente imposible. Aquella Baeza de principios de siglo no iba a ser más ni menos que el resto del país. Era...

...Esa España inferior que ora y bosteza,
vieja y tahur, zaragatera y triste;
esa España inferior que ora y embiste,
cuando se digna usar de la cabeza...

Don Antonio, en Baeza, es la humildad en carne viva; sube, baja, otea la tertulia de Almazán, medita y escribe hasta la madrugada en la soledad de su cuarto. Con poco dormir para quien tanto sueña despierto, basta; con modesto vestido para quien nada siente necesidad de ocultar, es suficiente; con pocas palabras para quienes no van a comprender, sobran. Y él, que no siente necesidad de «manejar la pluma como la espada», como Quevedo: que podría demostrar

que es más historiador (del alma humana) que polemista, al contrario de lo que él mismo piensa del padre Las Casas; que podría dar casi tantos consejos como Don Quijote a Sancho, quizá sin que nadie encontrara la raíz como él halló la de Cervantes en el «Diálogo de Mercurio y Carón»; él, que era buen laico y buena persona, al contrario que Vicente Espinel; él, que era sabio sin ostentaciones, aunque nunca fuera soldado ni pretendiese el trasfondo político que le han calcado a sus versos humanos. Él, maestro de lo trascendente, cantor de lo sublime con las palabras más sencillas y universales que pudo encontrar; él, que nunca sirvió para alcahuete de nadie ni puso jamás precio a sus palabras o a sus silencios; ese gigante que nunca ejercerá de «agradable forzoso», como él mismo comentara otra vez de Cervantes. Y don Antonio, el filósofo, el profesor solitario que acarrea en la solapa restos de ceniza (del fuego que lleva en el alma), toma su café, medita, escucha la tertulia y canta a los seres más comunes:

...Moscas vulgares,
que de puro familiares
no tendréis digno cantor;
yo sé que os habéis posado
sobre el juguete encantado,
sobre el librote cerrado,
sobre la carta de amor,
sobre los párpados yertos
de los muertos.

Inevitables golosas,
que ni labráis como abejas,
ni brilláis cual mariposas;
pequeñitas, revoltosas,
vosotras, amigas viejas,
me evocáis todas las cosas...

Claro que en Baeza le comprendieron quienes debían comprenderle: sus compañeros.

Se hospeda el poeta durante casi los dos primeros años en la habitación número 15 del primer piso del hotel Comercio. Hoy está prácticamente igual, salvo ligeras reformas en la planta baja, con un cierto sabor dieciochesco en las rinconeras. Estaba (y está) en el número 21 de la calle San Pablo, entonces bajo la regencia de su propietario y fundador, don José Fernández, padre político de ese amable don Manuel Domínguez, que es el actual dueño. El balcón del cuarto del poeta da a la fachada, frente con frente del palacio de los Salcedo; alzando la persiana por encima de los barrotes se divisan hacia poniente las sierras de Mágina. Don Antonio siempre tenía una luz encendida en la habitación; apenas dormía. Y como la bujía eléctrica no fuera suficiente, periódicamente se le veía entrar con un paquete de velas en la mano. Algunas mañanas, a través de una rendija, se le pudo ver dormido sobre los codos, rendido de trabajar toda la noche, hasta que al fin el sueño le podía.

Se hospedaban en el hotel, en aquel tiempo, los jueces que llegaban, el notario, algunos profesores y el raro viajero que se perdía. Era la única hospedería que había en toda Baeza. Y allí vivían sus compañeros don Mariano Ferrer Izquierdo, don Javier Gaztambide y su mujer y don José Corcollano.

Discusión

Una tarde se enzarzaron los profesores en una ardua discusión. Doña Elisa Fernández no acierta a recordar el tema ya, pero tampoco importa demasiado. Entonces regresó el poeta de su larga caminata...

–¡Oye, tú, Machado, explícanos esto!...

Y don Antonio, sin soltar el impenitente bastón, comenzó a pasear de un lado a otro del comedor y a hablar, a hablar tan bien que, cuando hubo terminado, todos, puesto en pie, comenzaron a aplaudirle entusiasmados.

–Era un sabio. ¡Un sabio! –concluyó doña Elisa, y vuelven sus ojos a sumirse en el sopor de la tarde.

Don Antonio sigue abismado en sus cosas. Aparentemente ajeno, pero presente en cuanto ocurre. El poeta sigue trazando la línea recta que ha ideado en su

vida: escribir y sentir genial, universalmente. Bien sabe don Antonio que nadie lo hará por él. O dicho de otra forma:

Caminante, son tus huellas
el camino, y nada más;
caminante, no hay camino
se hace camino al andar...

Año 1914. Ya ha venido su madre, doña Anita. Ya se han mudado del hotel Comercio a la casa que hace esquina a Prado de la Cárcel y calle de la Cárcel; frente con frente del actual Ayuntamiento. Cuatro mil quinientas pesetas al año no dan para dos hospedajes.

La vivienda tiene tres pisos y un cumplido, austero patio interior con una fuente compartida. Demasiado amplia y demasiado fría para dos personas solas, así que habitarán únicamente el primer piso. Precisamente acaban de vender esta vivienda hace un año en pesetas 650.000; aún no han venido a ocuparla los nuevos dueños. Allí don Antonio y doña Ana habitaron casi la pobreza. En su habitación tenía el poeta por mesilla un cajón de tabla «de aquellos en que embalaban el tabaco».

Algunos días, cuando el profesor volvía del instituto a la hora del almuerzo, doña Ana le anunciaba con aquella santa conformidad suya:

–Antonio, hoy sólo hay patatas para comer.

Y cuando su madre las servía, exclamaba de pronto el poeta:

–¡Patatas! ¡Qué ricas!... ¡Si saben a langostino!

Y al cabo, nada os debo; debéisme cuanto he escrito.
A mi trabajo acudo, con mi dinero pago
el traje que me cubre y la mansión que habito,
el pan que me alimenta y el lecho en donde yago.

Siete años de vida en Baeza; pero de una Baeza más de don Antonio, ya que de nadie. Aquí será donde el poeta encuentre el mágico ungüento con que adobar su alma atormentada de dolores. Y mientras la pena serena, el hombre ha

madurado definitivamente a la par que el filósofo profundo, al amor del campo, los olivos, bajo las ramas de la encina negra que las hachas insensibles derribaran hace poco y el pensamiento unamuniano:

Siempre te ha sido, ¡oh rector
de Salamanca!, leal
este humilde profesor
de un instituto rural...

Claro que también don Antonio participa en la vida ciudadana. Lo que ocurre es que lo hace a su manera, sin ruidos, haciendo sabiamente ese mutis perfecto que nunca deberá ser aplaudido sin dejar de ser tal. Hay una prueba irrefutable de que el mundo de Machado no es un espacio sellado por muros espesos.

Una imprenta

Corre el año 1915. En la ciudad hay un sinfín de publicaciones que nacen y mueren con una extraordinaria rapidez; según el movimiento pendular de los partidos que las originaban. El único nexo entre publicaciones tan dispares era la imprenta Alhambra –establecimiento de rancia tradición empresario-cultural, que sobrevive–, donde todas se hacían. Salían a la luz desde *El Liberal de Baeza,* órgano de este partido, cuyo costo era de 20 céntimos el número, hasta *Diógenes,* semanario independiente, o *El Clamor de Baeza,* diario satírico, dirigido por un «consejo de redacción» que hacía gala de una ironía mordaz, como la de aquel suelto, que tan bien viene al caso, que decía: «No es cierto, como se venía asegurando, que el segundo premio de la lotería de Navidad se haya repartido entre los catedráticos de este instituto, los cuales no necesitan de este auxilio, puesto que la Divina Providencia vela por ellos...».

Y se publicaban *El Hombre Libre* y *El Pópulo,* ambos semanarios titulados independientes; *La Vara Verde,* que apareció en 1907 con el subtítulo de «Sinapismo político-satírico», y el semanario reformista *Idea Nueva,* que apareció en 1914. Ejemplares de todos estos periódicos tiene en su hemeroteca particular

don Andrés Rodríguez Jurado, hombre cuidadoso y amable, que ha tenido la gentileza de brindárnoslos para un detenido repaso.

Así fue cómo en el número de *Idea Nueva* correspondiente al 11 de febrero de 1915 descubrimos con grata sorpresa un trabajo bajo la rúbrica del poeta. Apenas dos cuartillas de un precioso artículo semiinédito, digno de figurar en toda sala de redacción periodística que se precie de tal. Sin duda, este semiinédito constituye el elogio más arrobador que acerca de la prensa se haya escrito.

La rebotica

Por lo demás, la tertulia en la rebotica de Almazán seguía el rumbo de todas las tardes. Aún sobrevive un contertulio de aquellos días, con más de ochenta lúcidos abriles a la espalda, mal que pese a aquellos «sabios» doctores que desahuciaron sin remedio a don Antonio Marín Cabrero cuando tenía veinte años.

La tertulia era diaria. De tres a siete de la tarde. Llegaba el poeta, colocaba ambas manos sobre el bastón vertical, descansaba la barbilla sobre las manos y así permanecía largo rato sin pronunciar más allá de una docena de palabras.

–¿...?

–¡Tiene usted que casarse, don Antonio!

–¿...?

–Así no está usted bien, terciaba otro.

–¿...?

–¿Por qué no se casa usted con...? –señalaba un tercero.

Don Antonio Machado callaba, oía a unos y a otros, y, todo lo más, regalaba al fin a sus contertulios con su bonachona sonrisa de cuarentón. Esto solía ocurrir cuando Almazán no estaba presente; porque con quien indicaban al poeta que debía de casarse era, precisamente, la hermana del boticario-anfitrión.

Al cabo tornaba el diálogo entre puyas y chascarrillos políticos a la monotonía de siempre:

Es de noche. Se platica
al fondo de una botica.
–Yo no sé,
don José,
cómo son los liberales,
tan perros, tan inmorales.
–¡Oh, tranquilícese usté!
Pasados los carnavales,
vendrán los conservadores...
Así es la vida, don Juan.
–Es verdad, así es la vida.
–La cebada está crecida.
–Con estas lluvias...

Y allí, en torno, están los olivos grises con su sed acuciante, delgado el fruto y las hojas plati-verdes emborronadas de polvo. Y allí viene, por los caminos de la besana, cansado en la atardecida, el humilde labriego con su yunta de mulas, que sorprende al poeta pensativo sentado en una piedra, como aislado del mundo:

–¡Buenas tardes tenga usté!

–¡Buenas tardes!

Y el regreso. Los cafetitos tras el ventanal de «La Perla»; y la caminata del día siguiente hasta Ibros, o, a mitad del camino a Úbeda, el poeta que regresa los cuatro kilómetros andados ¡para buscar cerillas!

La borrosa humildad del sabio que:

Nunca perseguí la gloria.
Ni dejar en la memoria
de los hombres mi canción;
yo amo los mundos sutiles,
ingravidos y gentiles
como pompas de jabón...

El hombre que se declara bueno, en el buen sentido de la palabra, porque conoce bien la virtud:

–..El bueno es el que guarda, cual venta del camino,
para el sediento, el agua; para el borracho, el vino.

El filósofo que ausculta la vida de la mano de Bergson y Unamuno, con su mínimo lapicero, hasta encontrar la verdad:

Nuestras horas son minutos
cuando esperamos saber,
y siglos cuando sabemos
lo que se puede aprender.

Y el español medular de crítico instinto, honesto, insobornable:

Españolito que vienes
al mundo, te guarde Dios.
Una de las dos Españas
ha de helarte el corazón.

Y el médico del espíritu racial que, con mano firme, diagnosticará:

–Nuestro español bosteza.
¿Es hambre? ¿Sueño? ¿Hastío?
Doctor, ¿tendrá el estómago vacío?
–El vacío es más bien en la cabeza.

Y Leonor, lejos de desvanecerse en la distancia, sigue cada día más presente en su corazón laborioso y reverdecido, porque:

Los muertos mueren y las sombras pasan,
lleva quien deja y vive el que ha vivido.
¡Yunques, sonad; enmudeced, campanas!...

Y el día de la marcha hasta Segovia, y el adiós conmovido –en sólo nueve palabras!– de quien ha recibido mucho más de lo que pensara aquel día en que, viudo, triste y contrariado, puso por vez primera sus pies en la lejana estación:

¡Campo de Baeza,
soñaré contigo
cuando no te vea!

No se puede decir más con menos; es un adiós cósmico a la naturaleza, que no a la ciudad ni a los hombres. Bueno, sí, se puede decir en manso tono y verso largo, hasta que la piel, tensada, pulse el vello encabritado de todo nuestro cuerpo. Es el adiós postrero, intuido con una sencillez emocionante:

Y cuando llegue el día del último viaje,
y esté al partir la nave que nunca ha de tornar,
me encontraréis a bordo ligero de equipaje,
casi desnudo, como los hijos de la mar.

JOSÉ MARÍA MOREIRO

(*Ya*, Madrid, 19 de enero de 1975)